



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN XXIII A LOS PARTICIPANTES EN LA JORNADA EUROPEA DE LA ESCUELA

Lunes 11 de febrero de 1963

Estimados señores:

Es un gran consuelo y un gran aliento para Nos el ver aumentar sin cesar el número de los que con un corazón sincero trabajan por establecer o reforzar entre las naciones los lazos de conocimiento, de estima y simpatía mutua. Os encontráis aquí y nos alegramos de poder acogeros hoy.

Sois los promotores y realizadores de la "Jornada Europea de las Escuelas". Una iniciativa de gran importancia que ha conseguido ya loables resultados a lo largo de los diez primeros años de su animosa existencia. En efecto, esta consigna hace reflexionar y trabajar a centenas de millares de alumnos jóvenes, a los que orienta hacia ideas de acercamiento, colaboración y entendimiento mutuos entre los respectivos pueblos.

Tomando parte en los concursos que les habéis organizado, estos niños contribuyen a edificar, en el mundo de los espíritus y corazones, esa unión europea por la que trabajan los hombres de la política, con gran mérito y a costa de muchas fatigas y dificultades. Asegurar así, bajo las formas de expresión más variada, un movimiento de vida espiritual entre las jóvenes generaciones —que formarán la Europa del mañana— es trabajar con una clarividente sabiduría por la paz del mundo y la felicidad de los hombres. Nos agrada reconocer esto y felicitaros por ello.

La Iglesia, lo sabéis bien, no se pronuncia sobre las formas de asociación que debe asumir tal o cual entidad política. No es su cometido. Pero ella no cesa de trabajar en orden a una comprensión mutua, a un buen acuerdo entre los hombres y a una vida en común, agradable y tranquila, de toda la gran familia humana.

Según su doctrina, Dios ha criado los pueblos no para odiarse, sino para amarse, para completarse y para contribuir con intercambios fraternales a la participación común de los bienes de cada uno; ésta es la esencia misma del cristianismo en sus aplicaciones sociales. La Iglesia

respeta y estima, en gran manera, las características y nobles tradiciones de cada grupo étnico, mas desea, ante todo, verles comulgar en un espíritu de verdadera fraternidad.

Y para reforzar los lazos entre pueblos tan diferentes como los que pueblan la tierra, tiene un lenguaje universal, el del culto que tributa a Dios con su liturgia; lenguaje único y múltiple de palabras, signos y símbolos con los que ella une a los hombres de todas las lenguas y naciones en un mismo homenaje de adoración, de acción de gracias, de alabanza y amor.

¿No hay ahí un ejemplo asequible a todos y del que todos podrían aprovecharse en gran manera? Particularmente aprovecharía al mundo de los jóvenes. Pues la emoción que suscita en el corazón de un joven estudiante la belleza de una oración o de un canto litúrgico —un Kyrie, un Gloria, un Agnus Dei— es la misma que la que vibra en el corazón de su hermano de la nación vecina, y, así como las flores de la primavera anuncian los frutos del verano, lleva en sí la promesa del entendimiento mutuo que unirá mañana los espíritus y los corazones por encima de las fronteras.

A la manera que la Iglesia Madre y Maestra de los Pueblos las aúna por su liturgia en la unidad de un mismo culto, así podría edificarse poco a poco con la ayuda de las escuelas esta Europa de las personas y de los pueblos, a cuya realización estimulábamos amablemente el año pasado a los participantes de la Semana Social de Estrasburgo, esperando que el mundo entero se encamine hacia esa unidad de espíritu y esa fraternidad de amplio alcance tan deseable y tan conforme a los designios de Dios sobre la humanidad.

Seguid, pues, estimados señores, vuestra obra bienhechora. Desarrolladla, extendedla siempre por doquier. Seguid interesando a estos escolares europeos, estimulando y recompensando a los mejores de ellos, como ya lo hacéis tan loablemente desde hace muchos años.

Los jóvenes os seguirán, pues han experimentado que comienzan a saber pensar, hablar y obrar no según puntos de vista locales y restringidos, sino en términos universales, con un lenguaje en que cada patria, por pequeña que sea, sin perder nada de su patrimonio cultural y civilización, encuentra armónicamente sitio en el concierto de las razas y de los pueblos.

Dios quiera asistirlos en tan bella tarea. Se lo pedimos de todo corazón, al mismo tiempo que invocamos su protección y la abundancia de sus bendiciones sobre vuestras personas, sobre los colaboradores, beneficiarios de vuestra iniciativa y sobre todos vuestros seres queridos.